

mariana iturralde

a la zaga de la historia

Con motivo del Día de las Madres, el 10 de mayo pasado, el cardenal Ernesto Corripio Ahumada, arzobispo primado de México, se refirió al papel de la mujer en la sociedad y al de las madres en la familia. Dijo que la forma más elevada de dignidad de la mujer es la maternidad; que el honor se deriva de la función materna y familiar; que en el hogar es la quien educa, da amor y logra la unidad de sus miembros; por lo tanto, las mujeres no deben trabajar fuera de la casa. Señaló que las que abortan lo hacen "por razones que jamás justificarán ante sus propias conciencias". Reconoció el aspecto educativo del trabajo doméstico; reiteró que el modelo de todas las mujeres es la Virgen María. Pidió a los varones que "estimen y amen verdaderamente a la mujer con todo respeto de su dignidad".

Una vez más la más alta autoridad de la Iglesia católica mexicana se dirigió a las mujeres en términos abstractos, desconociendo la realidad de millones de ellas y pasando por alto las condiciones concretas del país en el momento presente. Su corto mensaje daría para un análisis de varias páginas. Veamos algunas ideas que expresa y otras ausencias destacadas.

A lo largo de toda su alocución, Monseñor Corripio Ahumada confunde los términos mujer y madre. No distingue que —aun entre las adultas— hay quienes no son madres. En consecuencia, si la dignidad y el honor radican en la maternidad, las jóvenes, las niñas, las que ya han pasado el ciclo reproductivo, las adultas solteras (incluidas las religiosas) no pueden llegar a poseer esas virtudes, puesto que les falta el requisito biológico de la maternidad.

Monseñor Corripio Ahumada se permite suponer y fantasear sobre los sentimientos de las mujeres que abortan o han abortado y olvida tener en cuenta las condiciones reales por las que la gran mayoría de las mujeres interrumpe el embarazo. El tiene que saber —por algo es la más alta autoridad de la Iglesia mexicana— que en muchos hogares un hijo más es imposible de alimentar, cuidar, vestir, educar, ser objeto de amor, y que éstas son las razones fundamentales y que justifican plenamente el aborto. Pero a pesar de ello, Monseñor Corripio Ahumada se instala en la soberbia, anatemiza contra las mujeres que abortan y les promete castigo eterno. En otras palabras, desconoce las razones y fomenta culpas, en vez de hacer más llevadera la vida de miles y miles de mujeres.

Fiel a la prédica del papa Juan Pablo II, Monseñor Corripio Ahumada reconoce que el trabajo doméstico existe; pero sólo destaca las tareas educativas; no se refirió a las de producción de servicios y transformación de bienes que realizan las mujeres en el hogar y que tienen como objeto fundamental abaratar el valor del salario de los trabajadores.

Fiel también a Juan Pablo II sostiene que las mujeres no deben trabajar en forma remunerada fuera del hogar. Monseñor Corripio Ahumada pasa por alto que los salarios de la gran mayoría de los trabajadores mexicanos no alcanzan para cubrir los gastos familiares. Tampoco tiene en cuenta que muchas mujeres madres son abandonadas, viudas, separadas, divorciadas y solteras, o que aun con esposo, viven durante largos periodos sin compañía, como es el caso de las compañeras de los trabajadores migrantes dentro y fuera de fronteras. Y que si ellas no trabajan, en el hogar y de manera remunerada a la vez, se mueren de hambre, ellas y sus hijos. ¿Por qué no pidió a los empresarios que elevaran los salarios? ¿Por qué no exigió la creación de más fuentes de empleo, que evite las migraciones?

Monseñor Corripio Ahumada se olvida que para que un niño nazca es necesario el apareamiento de una mujer y de un varón, y que por lo tanto, *los dos son responsables* de esa nueva vida; de proporcionarle alimentos, cuidar su crecimiento, su educación, en fin, de velar por ella y darle amor. ¿Por qué sólo es la mujer la que aparece en su discurso? ¿Los varones no son capaces —según él— de tener sentimientos amorosos con respecto a sus hijos?

Pero hay otro olvido más. Monseñor Corripio Ahumada hizo su alocución el Día de las Madres y él sabe muy bien —o debería saberlo— que ese día fue creado para activar el comercio detallista en una época del año en que las ventas caen. Es decir, que tiene un origen y un carácter mercantil, basado en la avidez de ganancia empresarial. El sabe —o debería saber— que las agencias de publicidad manipulan los sentimientos humanos con respecto a las madres para que los comerciantes vendan más y más caro. Sobre estas cuestiones Monseñor Corripio Ahumada guardó silencio.